

## **EXÉGESIS Y HERMENÉUTICA BÍBLICA: PRINCIPIOS TEOLÓGICOS PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS BÍBLICOS**

### **BIBLICAL HERMENEUTICS AND EXEGESIS: THEOLOGICAL PRINCIPLES FOR THE INTERPRETATION OF BIBLICAL TEXTS**

*Ángel Gómez Navarro*<sup>1</sup>

#### **RESUMEN**

*Ante el reconocimiento de la centralidad de la Sagrada Escritura, tanto en la vida como en la misión de la Iglesia, puesta de manifiesto por la reciente Exhortación Apostólica Verbum Domini de Benedicto XVI, el presente artículo estudia la conceptualización de la exégesis y la hermenéutica bíblica, y su respectiva relación complementaria, así como los criterios o principios teológicos fundamentales que deben guiar todo proceso de interpretación de la Sagrada Escritura, proceso que no sólo es intelectual sino también vital, y que se activa en, desde y para la comunidad eclesial.*

#### **Palabras Clave**

*Textos bíblicos, interpretación, Palabra de Dios, exégesis, hermenéutica*

#### **ABSTRACT**

*Dealing with the recognition of the centrality of the Holy Scripture, as well in life as in the Church's mission, and evidenced by the recent apostolic exhortation Verbum Domini of Benedict XVI, the present article analyzes the conceptualization of Biblical Exegesis and Hermeneutics, and their own complementary relationship, as well as the criteria or basic theological principles which should guide any process of interpretation of Sacred Scripture, a process which is not only intellectual but vital, that speeds up on, from and to the ecclesial community.*

#### **Keywords**

*Biblical text, interpretation, God's Word, exegesis, hermeneutics*

#### **INTRODUCCIÓN**

La fe cristiana nace de la predicación misionera que anuncia la Buena Nueva de la Palabra de Dios. Esta actitud y acto de fe bíblica fundan la originalidad de la experiencia cristiana por el que se configura un particular sentido a la existencia del nuevo creyente en Cristo, surgiendo al mismo tiempo la necesidad de ser parte activa de la comunidad de discípulos y

misioneros de Jesús, pues es allí donde se procesa, confronta y valida, en clave intersubjetiva, una vida de fe comprometida a partir de la propia cotidianidad histórica y del contexto socio-cultural específicos en que se vive.

La fuente principal de esta proclamación es precisamente la Sagrada Escritura que, junto con la Tradición Apostólica, no sólo es comprendida

---

<sup>1</sup> Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Jefe del Departamento de Filosofía y Teología de la Facultad de Psicología y Humanidades de la UNIFE

como norma objetiva de la vida de fe eclesial, sino también como convocatoria efectiva para la entera humanidad, y por lo mismo, se la debe considerar como central en la vida y misión de la Iglesia. Sin embargo, uno de los grandes desafíos de la comunidad cristiana sigue siendo la correcta interpretación de los textos bíblicos, por la que se pueda determinar fielmente la Palabra de Dios con el fin de comunicarla responsablemente a todos los demás, evitando así caer en cualquier tipo de fundamentalismo pernicioso, el mismo que afecta gravemente el anuncio de la Buena Nueva, pues éste no admite que la Palabra de Dios se haya expresado en lenguaje humano y que ha sido escrita, bajo inspiración divina, por autores humanos, cuyas capacidades y posibilidades eran limitadas.

Esta tarea de interpretar la Biblia no es complicada cuando descubrimos una relación directa entre la Palabra de Vida y las condiciones actuales de los hombres, pues la Biblia no está desconectada de la experiencia humana y de sus diversas situaciones y manifestaciones históricas. Pero si nos encontramos con un texto bíblico difícil de entender, resultará casi imposible relacionarlo con el momento actual indicando su sentido espiritual actual sin captar previamente su sentido histórico literal. Es aquí donde se requiere un esfuerzo de interpretación bíblica, el cual va más allá de una simple lectura del texto. Por consiguiente, nos interrogamos sobre qué nos pueden aportar tanto la exégesis como la hermenéutica bíblica, en cuanto que buscan captar el sentido de la escritura, y qué criterios teológicos debemos seguir cuando nos involucramos con el proceso de interpretación bíblica.

## ¿EXÉGESIS O HERMENÉUTICA BÍBLICA?

Tanto la hermenéutica como la exégesis bíblica nos ayudan en la difícil tarea de interpretar el sentido de los textos bíblicos y por consiguiente determinar la Palabra de Dios como Mensaje de Salvación para el hombre creyente.

Hoy la exégesis bíblica es considerada como el arte de explicar e interpretar, siguiendo especialmente el método histórico-crítico, con el fin de fijar el verdadero sentido histórico que pretendía el autor en su propio contexto. Por su parte, también la hermenéutica, en cuanto arte de interpretar, considera específicamente el desarrollo de un sentido hoy para nosotros. (Konings, 2001). Es decir, mientras que la exégesis histórico-literaria busca lo que queda detrás del texto (las

circunstancias que condicionan el sentido que tenía en el momento de su producción), la hermenéutica considera lo que está por delante de él (lo que es capaz de decir en unas circunstancias siempre nuevas).

De esta manera, la hermenéutica aparece como distinta pero complementaria a la actividad exegética porque no es repitiendo el sentido literal o histórico como la gente percibe toda su significación. Sin embargo, solamente a partir del sentido literal de los textos bíblicos se puede captar el verdadero sentido espiritual actual que surge de una transposición del Mensaje en términos nuevos, relacionados con el nuevo contexto, y cuando se los lee con el mismo Espíritu con que fueron escritos. Al respecto, *la Exhortación Apostólica Verbum Domini* subraya que el sentido espiritual es el sentido expresado por los textos bíblicos, cuando se los lee bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de él (VD 37).

En suma, llamamos *exégesis* a aquel análisis del texto bíblico destinado a descubrir lo que quería decir el autor a sus contemporáneos, y *hermenéutica* a lo que el mismo texto nos dice hoy a nosotros en un contexto distinto y en un lenguaje comprensible al hombre moderno. De esto se deduce que la praxis misionera enfatizará más en el quehacer hermenéutico que en el sentido exegético, el cual exige un mínimo de erudición histórica; pues, como señala la Pontificia Comisión Bíblica (PCB), aunque los exegetas se sirvan del método histórico-crítico no deben olvidar que su tarea no está terminada cuando han distinguido fuentes, definido los géneros literarios o explicado los procedimientos literarios (partes claves del método del análisis histórico), sino solamente cuando se ha iluminado el sentido del texto bíblico como actual Palabra de Dios (PCB, III, C, 1). Por ello, que se debe pensar en didácticas simplificadas que permitan a las comunidades presenciar, por así decirlo, la aparición histórica de los grandes significados de su fe.

Estos dos sentidos o niveles de interpretación están interrelacionados y constituyen una legítima unidad articulada, sabiendo que desde el primer nivel se tiende al segundo impulsado por el dinamismo de la fe. Por ello, hay que evitar cualquier tipo de separación, dicotomía, contraposición o yuxtaposición entre exégesis científica e interpretación espiritual, entre lo humano y lo divino, entre la investigación científica y la mirada de fe, entre el sentido espiritual y el

sentido histórico. Al respecto, conviene recordar lo que sobre exégesis afirmó la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (DV), del Concilio Vaticano II, “puesto que Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras” (DV 12). Se trata de evitar la pura historiografía científicista y orientarse más hacia la teología para no reducir la comprensión del evento de la revelación de Dios mediante su Palabra que se nos transmite en la tradición viva y en la Sagrada Escritura; lo cual no significa legitimar hermenéutica alguna que niegue la historicidad de los elementos divinos (cf. *Verbum Domini* 35).

### CRITERIOS DE INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA

Todo proceso de interpretación bíblica debe buscar pasar de la letra al espíritu, ya que según Benedicto XVI “la Palabra de Dios no está en la simple literalidad del texto. Para alcanzarla hace falta trascender y un proceso de comprensión que se deja guiar por el movimiento interior del conjunto y por ello debe convertirse también en un proceso vital”.

De esto se deduce que un auténtico proceso de interpretación bíblica no sólo es intelectual sino también vital, que reclama una total implicación en la vida eclesial, en cuanto vida “según el Espíritu” (Gal 5, 16).

Los criterios o principios teológicos que presentamos a continuación, para un correcto proceso de interpretación bíblica de los textos bíblicos, han sido extraídos de la Constitución Dogmática “*Dei Verbum*” sobre la Divina Revelación (especialmente el n° 12), así como del documento de la Pontificia Comisión Bíblica (PCB) sobre la Interpretación de la Biblia en la Iglesia y de la última Exhortación Apostólica PostSinodal, “*Verbum Domini*”, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, aunque hago notar que sigo especialmente los comentarios que, al respecto, ha elaborado Levoratti y otros autores.

#### Primero: La Palabra de Dios revelada es histórica

La Biblia nos trasmite una religión relacionada con lugares, con personas y una serie de acontecimientos. Dios actúa por medio de la

historia que es un modo excelente de comunicación divina. El Dios de la Biblia no es un Dios abstracto o impersonal sino el Dios que escuchó el clamor de su pueblo y se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob; el Dios que vio la opresión de los israelitas en Egipto y los liberó (Ex. 2, 24-25).

Por tanto, hay que reconocer que Dios ha hablado a Israel y a la Iglesia, a fin de establecer una relación personal con cada uno de sus hijos (cf. Heb 1, 1-2) Sólo raras veces el Antiguo Testamento se refiere en abstracto a los atributos de Yahvé. Lo que hace más bien es proclamar que Dios ha elegido a Israel y le ha dado a conocer su palabra, revelándose en ciertos acontecimientos de la historia. De ahí que el medio indispensable para conocer a Dios sea el relato de las acciones divinas históricas (ejemplo: Dt 26, 1-11; Jos 24, 1-18; Sal 78; 136). Entre esas acciones ocupa un lugar preponderante el éxodo de Egipto, porque fue entonces cuando Yahvé se reveló a Israel como su salvador, haciendo de ese acto de liberación el arquetipo de la bondad y el poder divinos: “Yo soy Yahvé tu Dios que te hice salir... de la casa de esclavitud” (Ex 20, 2).

Por consiguiente, el valor de nuestra fe cristiana también depende de ciertos acontecimientos históricos, tales como el nacimiento, la muerte y la resurrección de Cristo. Si nada de esto ha sucedido, ya no hay salvación y es vana la fe (cf. 1Cor 15, 1-19). Pero los hechos salvíficos no revelan su sentido hasta que no son interpretados y proclamados como tales. El sentido de los acontecimientos permanece oculto o ambiguo mientras la palabra no da a conocer lo que significan.

Para todo el que intenta interpretar la Escritura es de vital importancia entender correctamente la relación entre la palabra y el acontecimiento. Sin la palabra que explicita el sentido del acontecimiento, la acción de Dios permanecería ignorada y no habría ninguna revelación. Sin embargo, la revelación de Dios en y a través de la historia no es la única forma en que Dios se ha dado a conocer.

#### Segundo: Hay unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento

Entre el Antiguo (AT) y el Nuevo Testamento (NT) existe una relación de unidad en cuanto que el primero es promesa de salvación, y el segundo, su respectivo cumplimiento. En efecto, los grandes temas bíblicos como Dios, alianza, elección, templo, sacrificio, justicia, redención, están en los dos testamentos no de modo accidental sino orgánico. Según Levoratti, estos términos cruciales

tienen un significado peculiar en el AT que no se encuentra en otras partes, y configuran el contexto en que sus equivalentes del NT, referidos a Cristo, recibieron connotaciones más específicas. El acontecimiento Cristo sobrepasa todas sus anticipaciones proféticas, pero hay ciertas prefiguraciones muy significativas en la revelación concedida a Israel. Por ejemplo, los escritos del AT no revelan la plenitud del amor divino manifestado en la encarnación del Hijo de Dios (Cf. Jn 3, 16); sin embargo, ellos atestiguan que Dios ya había hecho oír su Palabra y había dado señales claras de su condescendencia divina: *“Te amé con amor eterno; por eso te atraje con fidelidad”* (Jr 31, 3).

Los primeros cristianos fueron conscientes de que el mismo Dios que habló por los profetas se manifestó por medio de Jesucristo; por ello, aceptaron desde el principio el AT como palabra inspirada por Dios. Es decir, el uso cristiano del AT depende de la fe en que el Dios de Israel es también el Dios y Padre de Jesucristo. El mismo Jesús llama 'Padre' al Dios de la Biblia, y en ellas encontró la expresión de la voluntad de Dios para Israel, para sí mismo en cuanto hijo de Israel, y para los discípulos que había elegido. Los discípulos, por su parte, ahondaron cada vez más en su conocimiento de quién es Jesús al leer las Escrituras en el contexto religioso judío (Cf. Mt 12, 17-21; Lc 4, 16-21).

Por su parte, los hagiógrafos del NT, a ejemplo de Jesús, apelaron constantemente a Moisés, a los Profetas y los Salmos. Dieron por supuesta la autoridad de las Escrituras y recurrieron a las profecías para probar que Jesús era el Mesías prometido a Israel (Cf. Mt 1, 23; Hch 2, 22-36) y para presentar a la comunidad cristiana como el verdadero Israel de Dios (Cf. Rom 9-11).

En suma, este principio hermenéutico significa que para los cristianos, el AT recibe su pleno sentido sólo en relación con Cristo, cuya venida prepara, prefigura y anuncia. El misterio de Cristo no fue dado a conocer a las generaciones pasadas (Ef 3, 4-5), pero fue vislumbrado de algún modo desde tiempos antiguos por los profetas de Israel (1Pe 1,10-12).

Para el cristianismo, el mensaje profético anuncia una nueva acción salvadora de Dios que apunta más allá del AT. Es importante tomar muy en serio el conjunto del canon bíblico: por una parte, ningún texto singular agota su significado aislado del resto; por la otra, el intérprete católico no pierde nunca de vista que cada texto particular encuentra

su pleno sentido al ser puesto en relación con el misterio pascual de la muerte y la resurrección de Cristo.

### **Tercero: Se debe reconocer la diversidad de la Biblia**

La unidad de la Biblia no es lo mismo que uniformidad, por ello hay que tener presente, al mismo tiempo, la diversidad de los textos bíblicos. La diversidad de la Biblia es incluso más notoria que su unidad, y no es la unidad estática sino la unidad dinámica de un proceso. Los textos bíblicos reflejan la multiforme complejidad de la historia de la acción de Dios con su pueblo de la antigua y la nueva alianza. Así, cuando nos acercamos al AT, que cubre un periodo tan largo de tiempo, no nos encontramos con el libro de un solo autor que hizo del conjunto una unidad singular. La Sagrada Escritura, en cuanto unidad, incluye la pluralidad ya que los escritos que la componen han sido compuestos y editados en el curso de muchos siglos.

Por tanto, al interpretar los textos bíblicos hay que tratar de situarlos primero en su propio tiempo y luego en el contexto de toda la revelación divina de la que forma parte. Esto significa que para comprender satisfactoriamente el Mensaje de la Escritura es indispensable mantener el sentido histórico, sin perder de vista, al mismo tiempo, el hilo conductor que une el AT con el NT. La diversidad y la unidad de la Biblia han de ser percibidas simultáneamente, sin sacrificar una a la otra.

Es imposible reducirlo todo a una uniformidad indiferenciada, y el intento de hacer decir lo mismo al AT y al NT es falsear el sentido de ambos. La diversidad es constitutiva de la Escritura misma y no hay que ver nada malo en ello. Dicha diversidad ha dado lugar a diferentes corrientes del cristianismo primitivo.

En realidad, cada escrito bíblico tiene una perspectiva que es en algún sentido única. Como la revelación divina es la fuerza unificadora en medio de la diversidad es tan importante para el proyecto de Dios como la unidad. En este sentido, en virtud de este testimonio bíblico respecto de Dios, se puede afirmar que es legítimo un cierto pluralismo teórico y práctico en la comunidad cristiana. Ejemplo, los dos relatos de la creación de Génesis 1 y 2; el Sermón de la Montaña de Mt 5-7 y el de Lc 6, 17-49 (dos discursos distintos pero al mismo tiempo semejantes).

En suma, en la Biblia encontramos una serie de documentos escritos en diversas circunstancias, en diferentes lenguas y con enfoques diversos.<sup>2</sup> Esto debido a que los autores inspirados escribieron desde su propia situación, y comunicaron sus propias experiencias y se expresaron en el lenguaje y mentalidad cultural de su tiempo. Cada uno dio testimonio de la verdad en un contexto histórico particular y anunció un mensaje apropiado a las circunstancias vividas por el pueblo de Dios en un momento determinado de su historia. Se debe tener en cuenta que los libros de la Escritura fueron escritos a lo largo de más de un milenio, y en lenguas tan distintas como el hebreo y el griego. La Biblia mantiene su profunda unidad bajo su aparente diversidad.

Por su parte, el mismo documento de la Pontificia Comisión Bíblica (PCB) nos dice que:

*“conviene finalmente añadir que en el Nuevo Testamento, como ya en el Antiguo Testamento, se observa la yuxtaposición de perspectivas diferentes, a veces en tensión unas con otras; por ejemplo sobre la situación de Jesús (Jn 8, 29; 16, 32 y Mc 15, 34), o sobre el valor de la Ley mosaica (Mt 5, 17-19 y Rm 6, 14), o sobre la necesidad de las obras para la justificación (Sant 2, 24 y Rm 3, 28; Ef 2, 8-9). Una de las características de la Biblia es precisamente la ausencia de un sistema, y por el contrario, la presencia de tensiones dinámicas. La Biblia ha acogido varios modos de interpretar los mismos acontecimientos o de pensar los mismos problemas. Ella invita así a rechazar el simplismo y la estrechez de espíritu” (III, A.2).*

#### Cuarto: La Sagrada Escritura está unida a la Tradición viva de la Iglesia

La Tradición se refiere a la Palabra revelada por Dios que se transmite en la Iglesia como tal. "Tradición" tiene dos significados estrechamente relacionados entre sí: "Tradición" es toda la revelación, desde el comienzo de la historia hasta el final de la era Apostólica, transmitida por los fieles de generación en generación y preservada por la

guía divina del Espíritu en la Iglesia instituida por Cristo. La Sagrada Tradición, más técnicamente, se refiere, dentro de la revelación, a aquella parte que no está contenida en las Sagradas Escrituras porque no se escribió hasta más tarde. El depósito de la fe, de la revelación, está compuesto por la Sagrada Escritura (Biblia) y la Tradición Apostólica.

Al respecto, la *Dei Verbum* afirma que

*"Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la eucaristía y la oración, y así se realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida" (DV 10).*

Ahora bien, toda la Iglesia constituye la Tradición viva y por ello toda la Iglesia contribuye a la correcta interpretación de la Escritura: los Padres, los fieles cristianos, los exegetas, el Magisterio. Éste último goza del carisma de la interpretación auténtica, bajo la guía del mismo Espíritu Santo que inspiró el texto sagrado. La Tradición tiene una función hermenéutica de guía y de norma, porque nos ofrece un horizonte de comprensión. La *Dei Verbum* señala que *“el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios oral o escrita, ha sido encomendado solo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo” (DV 10)*. Pero, el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio. Así, el Magisterio de la Iglesia realiza una función de servicio a la Palabra de Dios de tres maneras: Custodiando celosamente, interpretando fielmente y comunicando vivamente.

Por su parte, Arens (1997, p. 88) señala que la Tradición debe ser entendida no como un conjunto de contenidos, sino de profundizaciones, que están en continuo proceso, que actualizan la Palabra a la luz de la vida de hoy (cf. DV 8). Es el proceso de comprensión en profundidad del sentido último de la Revelación, testimoniada en la Biblia, por eso la Tradición y la Escritura están inseparablemente unidas (DV 9). Se trata de la Tradición en singular y

<sup>2</sup> Eduardo Arens nos ofrece un ejemplo adicional en su libro *La Biblia sin Mitos*, donde nos dice que Jesús empleó la parábola de la oveja perdida como medio de predicación con el propósito de llamar a la conversión a sus compatriotas (fariseos) que se sentían demasiado seguros del favoritismo de Dios. Mateo, que se dirigía a cristianos, no a judíos, empleó esta parábola adaptándola a un contexto (vital) de instrucción, y la situó en el capítulo 18, dedicado a instrucciones para la vida en comunidad, de modo que le sirvió de ejemplo para ilustrar la conducta que los cristianos deben observar con respecto al hermano que fácilmente se escandaliza (18, 10-14); por eso la situó en este contexto. Lucas, en cambio, escribiendo para una comunidad mayormente compuesta por convertidos del paganismo, que precisamente por eso era criticada por el entorno judío (contexto vital), empleó esta misma parábola con fin *apologético*: defender a su comunidad justificando la aceptación de paganos convertidos. Para eso, Lucas construyó un contexto literario para la parábola de la oveja perdida, que es apologético (cf. Lc 15, 1ss). En tiempos de Lucas esa introducción (contexto) traducía el hecho de que los judíos (=fariseos y escribas de la introducción) criticaban (=murmuraban) porque las autoridades cristianas en tiempos de Lucas (=Jesús) aceptaban en la comunidad (=acogía) a paganos (=pecadores).

mayúscula, no de tradiciones eclesiásticas. Por tanto, es primordial el *sensus fidei* (sentido de la fe) de la Iglesia. Parte de la Tradición es la decisión que, por la acción del Espíritu, fijó el canon de la Escritura como norma normante.

#### **Quinto: Debemos tener en cuenta la analogía de la fe**

La analogía de la fe es la conexión coherente de la fe confesada y objetiva de la Iglesia (El Credo), es el nexo interno de los misterios entre sí garantizada por la acción del Espíritu. Por consiguiente, cualquier verdad o expresión de la revelación y de la fe ha de verse a la luz de las otras y en conexión con ellas, para poder entenderla rectamente y que quede abierta a una ulterior y más profunda comprensión. De este modo, las verdades de fe pueden ser matizadas pero no distorsionadas o negadas. Este criterio va muy ligado al de la Tradición que impide las falsas interpretaciones y transmite la única verdad salvífica y, al mismo tiempo, sintetiza el criterio de la unidad global y articulada de toda la Biblia.

En otras palabras, todas las verdades de la fe cristiana tienen algo que ver unas con otras. Existe por tanto una coherencia interna dentro del credo que confesamos los cristianos: no creemos cosas que no tienen nada que ver una con la otra o que se contradicen, sino unas verdades que nos llevan a otras

#### **Sexto: Hay que considerar los géneros literarios**

Todos los diversos libros de la Biblia utilizan diferentes géneros literarios porque ejercen una función distinta, según Charpentier, para instruir al pueblo con los relatos y las síntesis históricas, organizarlo mediante unas leyes, animar su vida religiosa y litúrgica con cantos y salmos, hacerle reflexionar sobre el camino que tiene que seguir por medio de las obras sapienciales.

De esto se deduce la importancia del género literario por estar en relación con el propósito que tuvo el autor bíblico al momento de querer comunicarse adecuadamente. El propósito de un proverbio no es el mismo que el de una carta o de una historia. Por lo tanto, no se puede determinar lo que quiso decir el autor sin identificar el tipo de género literario usado.

Arens también señala que dentro de un libro podemos encontrar mini-géneros, conocidos como *formas*, por ejemplo, la cita de algún himno,

refrán, diálogos y disputas, la inclusión de una misiva o un poema. Pero la obra como conjunto será, por ejemplo, del *género histórico* si el escritor se propuso narrar acontecimientos históricos, con el fin de informar al lector.

El género y la forma literaria son esencialmente iguales, sin embargo, se distinguen por su extensión. Se habla de “formas” para distinguir las unidades que constituyen la obra, de la obra misma como un todo, que se califica según su propósito (informar, exhortar, orientar, entretener) como “género” (histórico, epistolar, novelesco).

El mismo Arens señala que cuando sabemos diferenciar los géneros literarios podemos saber también cuál es su propósito, pero el problema surge cuando no conocemos los géneros literarios de la Biblia, instintivamente tendemos a pensar que tal género debe ser semejante a alguno que sí conocemos. En consecuencia, pensamos que el mensaje (y el propósito) del autor bíblico debe ser tal o cual cuando en realidad es otro. Así, por ejemplo, el hecho de no conocer el género apocalíptico (pues no es de los empleados hoy), conduce a pensar que se trata del género de vaticinios o anuncios futuristas que conocemos por el género moderno de ciencia ficción, y en consecuencia se piensa que el propósito del Apocalipsis es el de informar acerca de los acontecimientos que sucederán antes del fin del mundo.

Sin embargo, este género literario era común cuando su autor lo empleó, tenía por finalidad animar a los perseguidos por su fe, a permanecer fieles a Dios hasta el final, porque aunque parezca que Dios los ha abandonado, al final los premiará; no triunfarán las fuerzas del mal, sino Dios y los suyos. Para comunicar este Mensaje los autores del libro de Daniel (7-12) y del Apocalipsis emplearon un género literario muy conocido en sus tiempos pero en desuso hoy.

Entre los géneros literarios que incluye la Biblia tenemos: historias, leyendas, anécdotas, epopeyas, sagas, mitos, fábulas, etiologías, narraciones noveladas, relatos paradigmáticos, crónicas, anales, diarios, itinerarios, genealogías, listas, catálogos, testamentos, autobiografía, plegarias, cánticos, salmos, himnos, credos, leyes, preceptos, mandatos, decretos, exhortaciones, litigios, apologías, controversias, cartas, proverbios, bendiciones, lamentaciones, parábolas, sentencias, pronunciamientos, proclamaciones, alegorías, diálogos, discursos, diatriba, oráculos, profecía, apocalíptica.

### Séptimo: Debemos interpretar con el mismo Espíritu con el que fue escrito

Este criterio o principio implica tener en cuenta que no se puede separar la misión del Espíritu de la misión de Jesucristo, Verbo Encarnado. Por ejemplo, en los textos de San Pablo y San Juan, la palabra “verdad” significa fundamentalmente la Revelación que Dios nos hace de su designio salvífico. Y esta salvación se ha realizado en modo definitivo en la persona de Jesucristo; y esto es, precisamente, lo que el Espíritu Santo busca actualizar en cada uno de nosotros. De modo que en la Iglesia no se puede comprender la Palabra de Dios prescindiendo del mismo Espíritu que la ha inspirado siempre.

De la Potterie señala que el fin último de la exégesis cristiana es la comprensión espiritual de la Sagrada Escritura a la luz de Cristo resucitado, y esto, una vez más, sólo es posible por la acción del Espíritu. Al respecto, el mismo Concilio Vaticano II subraya que

*“como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra” (DV 11). Por consiguiente, es el Espíritu el que interpreta las Escrituras en orden a la verdad salvífica y no a otras concepciones que pueden ser propias de las ciencias humanas.*

### A MODO DE CONCLUSIÓN

El proceso de interpretación bíblica hoy no sólo es exigida por la predicación misionera de las comunidades eclesiales, sino también por las celebraciones litúrgicas, por los grupos de estudio bíblico y de oración y por las personas que buscan conocer y amar más a Jesús. En realidad, todo esto responde al impulso dado por el Concilio Vaticano II al reafirmar la centralidad de la Escritura en la vida cristiana; y por las recomendaciones de Juan Pablo II, quien decía que *“es conveniente delimitar bien el sentido propio de la Escritura desechando interpretaciones indebidas que le hacen decir lo que no intenta decir”* (Mensaje a la Academia Pontificia de las Ciencias del 22 de octubre de 1996).

Para lograr este cometido, la mayoría de los exegetas siguen el método histórico crítico que implica la *crítica textual* (la misma que presupone un conocimiento de las lenguas bíblicas y parte del supuesto de que no tenemos textos originales sino

sólo copias), la *crítica redaccional* (todo texto bíblico es fruto de un proceso de redacción antes de llegar a su forma final), la *crítica de las tradiciones* (todo texto está vinculado a una tradición religiosa desde su expresión oral hasta su fijación escrita), y la *crítica literaria* o de las *formas literarias* (que establece los géneros literarios propios de un determinado país o entorno cultural para manifestar los pensamientos y sentimientos; está muy ligado al contexto o situación vital denominado *“Sitz im Leben”*).

Sin embargo, el documento de la PCB puntualiza que

*“aunque la interpretación de la Biblia sea tarea particular de los exegetas, no les pertenece, sin embargo, como monopolio, ya que comporta, en la Iglesia, aspectos que van más allá del análisis científico de los textos. La Iglesia, en efecto, no considera la Biblia simplemente como un conjunto de documentos históricos concernientes a sus orígenes. Ella la acoge como Palabra de Dios que se dirige a ella y al mundo entero, en el tiempo presente”.* (Parte IV Introducción)

Es necesario asumir el desafío de determinar el correcto sentido literal del texto bíblico, evitando cualquier subjetivismo en la interpretación bíblica que nos lleva al peligroso fundamentalismo, buscando descubrir el sentido espiritual orientado a la transformación personal y social en Cristo. Recordar que no se trata sólo de un proceso de interpretación intelectual sino también vital, para lo cual es necesario leer con el mismo Espíritu con el que fue escrito el texto bíblico.

Dios sigue comunicando su Palabra de Vida en nuestra situación actual a través de la predicación misionera. Por ello, no sólo es importante la interpretación exegetica que trata de comprender lo que significaron los textos bíblicos en su contexto originario, sino que también debemos preocuparnos por la interpretación hermenéutica que busca actualizar la Buena Nueva a nuestro presente histórico con la finalidad de provocar las respectivas transformaciones individuales y colectivas, históricas y socio-culturales, pues como lo indica la PCB *“la actualización es posible porque la plenitud de sentido del texto bíblico le otorga valor para todas las épocas y culturas”* (cf. Is 40, 8; 66, 18-21; Mt 28, 19-20). El Mensaje bíblico puede a la vez relativizar y fecundar los sistemas de valores y las normas de comportamiento de cada generación. La actualización es necesaria porque, aunque el mensaje de la Biblia tenga un valor duradero, sus textos han sido elaborados en función de circunstancias pasadas y en un lenguaje condicionado por diversas épocas. La actualización se realiza gracias al dinamismo de la tradición

viviente de la comunidad de fe. Esta se sitúa explícitamente en la prolongación de las comunidades donde la Escritura ha nacido, ha sido conservada y transmitida. En la actualización, la tradición cumple un doble papel: procura, por una parte, una protección contra interpretaciones aberrantes, y asegura, por otra, la transmisión del dinamismo original. Actualización no significa, pues, manipulación de los textos. No se trata de proyectar sobre los textos bíblicos opiniones o ideologías nuevas, sino de buscar sinceramente la luz que contienen para el tiempo presente (IV, A.1).

En este sentido, el mismo documento señala un modo práctico de actualizar las Escrituras

siguiendo estas tres etapas: 1º, escuchar la Palabra a partir de la situación presente; 2º, discernir los aspectos de la situación presente que el texto bíblico ilumina o pone en cuestión; 3º, sacar de la plenitud de sentido del texto bíblico los elementos que pueden hacer evolucionar la situación presente de un modo fecundo, conforme a la voluntad salvífica de Dios en Cristo.

*“La actualización presupone una exégesis correcta del texto, que determina el sentido literal. Si la persona que actualiza no tiene ella misma una formación exegetica, debe recurrir a buenas guías de lectura, que le permitan orientar la interpretación bíblica”.*

## REFERENCIAS

Arens, E. (2005) *La Biblia sin Mitos*. Lima: CEP.

Arens, E.–Díaz Mateos, M. (1997) *¿Interpretación de la Biblia en crisis?* Lima: CEP.

Benedicto XVI (2010) *Exhortación Apostólica “Verbum Domini”, sobre la Palabra de Dios en la Vida y en la Misión de la Iglesia*. Roma: Ediciones Vaticano.

Caballero, J. M. (1994) *Hermenéutica y Biblia*. Navarra: Verbo Divino.

Concilio Vaticano II (1965) *Constitución Dogmática Dei Verbum, sobre la Revelación Divina*. Roma: Ediciones Vaticano.

Croatto, S. (1994) *Hermenéutica Bíblica*. Buenos Aires: Lumen.

Charpentier, E. (1980) *Para leer la Biblia*. Navarra: Verbo Divino.

De La Potterie, I. (1995) *La Sagrada Escritura y el Vaticano II*. Lima: Vida y Espiritualidad.

Konings, J. (2001) *La Biblia, su historia y su lectura. Una introducción*. Navarra: Verbo Divino.

León XIII (1893) *Encíclica Providentissimus Deus, sobre el estudio de la Sagrada Escritura*. Roma: Ediciones Vaticano.

Levoratti, A. (2005) *Cómo Interpretar la Biblia. En Comentario Bíblico Internacional Católico y Ecuménico para el siglo XXI*. Navarra: Verbo Divino.

Pío XII (1943) *Encíclica Divino Afflante Spiritu, sobre los estudios bíblicos*. Roma: Ediciones Vaticano.

Pontificia Comisión Bíblica (1993) *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Roma: Ediciones Vaticano.

Ratzinger, J. (1995) *La Interpretación bíblica en crisis. Problemas del fundamento y la orientación de la exégesis hoy. Vida y Espiritualidad*. Lima: Vida y Espiritualidad.

**Correo electrónico:** agomez@unife.edu.pe